

descubierta la carne viva con admiracion de los circunstantes, y de el mismo Cirujano, que afirmó, aver visto à el Siervo de Dios, executar otra vez esto mismo con otro llagado.

Todas estas acciones, que de la caridad ardiente del Venerable Pedro con los enfermos se originaban; siendo en la execucion tan estupendas, eran en los efectos prodigiosas: por cuya razon, logrando en ellas el Siervo de Dios mucho merecimiento, experimentaban los enfermos maravillosos beneficios. El Indio, con quien el Venerable Pedro executò la accion, que acabo de referir, estaba sentenciado à perder la pierna; porque en la curacion de su pie no se discurria otro remedio, sino el de cortarsela. Debiòle, empero, la suspension de este sacrificio à el Siervo de Dios: porque bolviendo el Cirujano el dia siguiente, despues que el Venerable Pedro se la limpiò con su boca, y lengua; hallò la pierna desinchada, y fuera de peligro. El Excelentissimo Don Fray Payo de Ribera estaba enfermo de vna grande inapetencia à toda especie de comida; y estandole visitando por este motivo el Siervo de Dios, se lamentò mucho con el de la molestia de este accidente. Por aliviar en algo su dolencia, sacò el Venerable Pedro de sus mochilas vn rosquetillo de dulce, y dandoselo à el Ilustrissimo enfermo,

le dixo con santa llaneza: *Hermano, comete esse rosquete.* Tan buen efecto tuvo esta medicina, que despues dezia el señor Obispo: que aquel rosquete vnicamente le avia sanado de su penosa inapetencia. En esta misma ocasion le consultò este Principe, si seria bueno mudar de casa, para mejorar de sitio: y resolviendo el Siervo de Dios, que no era bueno, andarse mudando de vna parte à otra, siguiò su parecer; poniendo toda la seguridad de su salud en el Venerable Pedro.

Gravemente enfermo se hallaba en cierta ocasion el Reverendissimo Fray Rodrigo de la Cruz: y para la curacion de su accidente avia tomado vna purga por orden de el Medico. No podia obrar con ella, y le recetaron otra, que tomò con igual fortuna: porque ni vna, ni otra tuvieron efecto alguno. Quando asi se hallaba tan molestando de la enfermedad, como de la medicina, le visitò el Venarable Pedro: y aviendo oido el estado, en que se hallaba, se saliò de el quarto, diziendo: *Mejor fuera cargar vn pobre.* Con la veneracion, que el doliente atendia las palabras de su Maestro, se levantò, à executar, el que en ellas tenia, como precepto: y con este impulso à el parecer temerario, saliò de casa en busca de pobres. A los primeros passos se le ofreciò à el encuentro vn pobre Mulato: y cargandole sobre sus om-

ombros, le llevò à el Hospital; sin que el demasado peso, y extraordinaria corpulencia, que tenia la carga, rindiesse sus fuerzas, que en la ocasion se suponian debilitadas. Repitiò despues la diligencia, cargando con otros dos pobres enfermos: y con esta sola receta, que dictò la caritativa Filosofia de el Siervo de Dios, quedò el enfermo perfectamente sano.

No estaba bien hallado el demonio con los caritativos empleos de el Venerable Pedro; porque los ardores santos, con que servia à los enfermos, eran voraz fuego, en que se abrasaba su diabolica embidia. Por esta razon intentò en vna ocasion embarazarlos su obstinada malicia: pero en el sucesso tuvo el Mundo mucho, que admirar: el Siervo de Dios mucho, que merecer: y el infernal espiritu muchas confusiones. Fue el caso, que llevaba el Venerable Pedro vna olla de Atòle à los enfermos de el Hospital de San Juan de Dios, como lo tenia de costumbre: y à el llegar à vna esquina, y tienda, que estaba inmediata à dicho Hospital; fue acometido de vn oculto impulso Luziferino, que le derribò en tierra, y le estropeò con impiedad. Era el intento de el Demonio maltratar à el Siervo de Dios, y perder el regalo, con que iba à consolar à los dolientes: mas aunque logrà lo primero; en lo segun-

do se frustraron sus depravados intentos: porque aviendo soltado la olla de el Atòle el Venerable Pedro, se quedò en tierra tan derecha, como si la huvieran puesto con el mayor cuydado, y tiento. Cascòse la vasija con el golpe; pero no se derramò vna gota de la bebida, de que estaba llena: porque contra la diabolica astucia fue preservada de superior mano. Quando el Siervo de Dios experimentaba el fracaso, prorumpiò en estas voces: *Esta ha sido vna maldad de calzillas* (asi llamaba à el Demonio) porque conociò muy bien en el hecho, que era obra de su maldita mano. Contento, y alegre, con que no se huviesse derramado el Atòle, que llevaba para sus enfermos, se puso en pie; y escupiendo, en señal de desprecio, à el Demonio, dezia: *Pensaba calzillas, que se avian de quedar los pobres sin Atòle?* Entrò despues à visitar à el Rereverendo Padre Maestro Fray Juan de Sivaya, de el Sagrado Orden de Santo Domingo, que estaba enfermo; y aun pensando en las circunstancias de el pasado infortunio, dezia: *Estas cosas de Dios yo no las entiendo.* Atendiò à su dicho el Padre Maestro; y considerando la alma, que podian tener sus clausulas, le replicò con vilipendioso tratamiento: *Pues y que, pretendia acaso entenderlas el ignorante?* Dixo esto, no por desprecio de la persona, de cuyas virtudes tenia gran con-

concepto; sino por quitarle toda ocasion de vana-gloria, de verse tan favorecido de el Señor. Preguntòle despues la causa, por que dezia aquellas palabras: y aviendo el Venerable Pedro referido todo el caso, quedò admirado, y con grandísimos desios de beber de aquel Atòle, cuya preservacion tuvo por milagrosa, y hecha por mano de los Angeles.

CAPITULO XVIII.

CARITATIVOS OFICIOS DE EL Venerable Pedro por los moribundos, por los cadáveres, y por las almas de el Purgatorio.

Stendo el fuego famoso lucido en vna propiedad no pueden tener similitud; porque el fuego reconoce determinada esfera; mas la caridad à qualquiera region alcanza con su activo impulso. Por esta razon, siendo el Venerable Pedro tan caritativo, no se contentaron sus piedades, con tener por suya toda la region de los vivos; sino que se vieron sus inflamados fervores en la region tenebrosa de la muerte, y en los escondidos senos de el Purgatorio. Ya dixè en el Capitulo catorze, que solia el Siervo de Dios asistir à los enfermos en aquella terrible hora, y espantoso instante, en que inter-

viniedo la muerte, se decide la causa de nuestra Salvacion; pero aora dire el zelo, y aplicacion, con que lo executaba. Si llegaba à su noticia, que alguna persona estuviesse en las vltimas agonias; luego sin dilacion se dedicaba à asistirle: y con dulces, devotas, y eficaces palabras le exortaba aquellas cosas, que se necesitan, para salir bien de aquel conflicto. Quando en la casa de el moribundo hallaba algun Sacerdote, que estuviesse dedicado à ayudar à bien morir, le dexaba continuar en este provechoso exercicio; pero no dexaba de coadyuvar à este fin por otros medios. En semejante concurrencia se retiraba a vn lado de el quarto, ò à vn desvan de la casa: y puesto allí de rodillas, hazia fervorosa oracion; negociando de la Magestad Divina eficaces auxilios; para que el moribundo pudiesse tolerar paciente las fatigas de la enfermedad, y sus mortales congoxas: y principalmente, para que asegurasse la salvacion de su alma. Hecha por si solo esta diligencia convocaba despues toda la gente de la casa, y rezaba con ella à coros el Rosario de Maria Santissima; invocando para el mismo fin el patrocinio de la Celestial Reyna, como tan vil para aquella triste hora. En aviendo en la Ciudad algun hombre condenado à muerte por sentencia de la Justicia; se aplicaba à su asistencia: y son indecibles las demostraciones,

mostraciones, que con el ajusticiado executaba su caridad. Todas quantas diligencias le dictaba su amor, como conducentes à su espiritual consuelo, ponía por obra: y procuraba officioso disponerle el animo à morir resignado en las justas determinaciones de el Juez; y à dar el vltimo aliento en gracia de Dios por el arrepentimiento, y penitencia de sus delitos.

Luego que espiraba alguno de aquellos enfermos, à quienes asistia en su muerte, si lo permitia el sexo à su modestia, lavaba el cuerpo por su mano: le ponía la mortaja, y hazia con el todo, lo que en semejantes ocasiones se executa, hasta ponerle en el fero. Si el cadaver era de algun hombre, ò muger pobre, tomaba à su cargo la disposicion de el entierro, y combidaba para la funcion el Clero, y gran multitud de Ciudadanos: y era tan solemne la funeral pompa, en que le hazian la costa sus propias diligencias; que mas que de pobre, parecia entierro costeado con crecido caudal. A todos los entierros, y de qualesquier personas, que fuesen, asistia indiferentemente: y en ellos exercia su misericordia; haciendo el officio de enterrador. Para este efecto se llevaba consigo algunos de sus compañeros, con cuyo auxilio cargaba con los cadaveres: y poniendolos con piedad honorifica en las sepulturas,

les cubria de tierra; usando de vna azada, que tenia prevenida para el caso. El asseo, y primor, con que siempre executò esta piadosa obra, fue notable: pues siendo tan frecuente, el que en semejantes funciones estè de sobra la tierra; en todos los entierros, que hizo el Venerable Pedro, quedò la sepultura igual con el suelo de la Iglesia. A el echar el siervo de Dios la tierra sobre los cadaveres, la humedecia con abundantes lagrymas: y con este riego eran en ella mas copiosos los desengaños de el sepulcro, y producía fertil eficaces exemplos.

En tiempo, que la Ciudad de Goatemala, y sus contornos padecian gran epidemia, salió el Siervo de Dios vna noche à socorrer la pobre gente con limosnas, y consolaciones espirituales: y en esta hizo singular prueba de sus piadosos cuydados con los difuntos. Despues de aver gastado en los dichos empleos gran parte de la noche por las calles de la Ciudad, y por las habitaciones de los Indios, llegó fuera de hora con su Compañero à el Cementerio de la Iglesia de Santo Domingo; y hallandose en este parage, le dixò: *Lleguemos à la puerta de la Iglesia à dar gracias à Dios, y ofrecerle estos exercicios.* Iban con efecto à executarlo: y à el acercarse à dicha puerta, se hallaron con el cuerpo de vn difunto, que allí avia puesto la industria de la pobreza,